

Clara

Daniela



Capítulo 1

Clara

I.

Una mañana fría cuando los primeros rayos de sol comenzaban a iluminar y la neblina todavía no dejaba ver a más de un metro Clara salió de casa, con guantes, bufanda y gorrito que le tejió la abuela. El pueblo donde vivía Clara era muy pequeño, tenía pocas cuadras y estaba alejado de todo. En épocas de verano venían turistas de la capital a conocer y pasar el día e incluso se quedaban semanas, se hacían ferias y la gente del pueblo aprovechaba para vender artesanías y ganar unos pesos. En invierno era cuando la cosa se ponía difícil, solo quedaban algunos pocos habitantes y la mayoría de los negocios estaban cerrados por temporada.

Eran un poco más de las siete cuando Clara salió de casa hacia el centro del pueblo, la única calle que todavía tenía movimiento en invierno, entró al café de don Luis que abría religiosamente a las siete no importaba la época del año y que estaba justo frente al almacén donde trabajaba Clara. Luis le trajo un café con leche como todas las mañanas apenas se sentó a la mesita frente a la ventana, sin preguntarle que iba a desayunar ni traerle una carta. Era algo implícito entre los dos, una caricia al alma, él la esperaba con su café con leche ya preparado antes que ella pase la puerta y ella se sentía querida. A veces tenía la sensación de que Luis abría el café tan temprano solo para ella, nunca había nadie más a esa hora. Probablemente no se equivocaba.

Siempre elegía la misma mesa, desde allí podía ver el pequeño pueblo amaneciendo. Los chicos caminando al colegio con grandes bufandas y caras de dormidos, los pocos vecinos que quedaban yendo a trabajar que la saludaban cuando pasaban apurados por la vereda. Y no apurados por llegar tarde, apurados por el frío, los inviernos eran muy crudos en el pueblo y ese año en particular fue uno de los peores.

Entre sorbo y sorbo a Clara le daba vueltas a su futuro en su cabeza, tenía pensado empezar a estudiar el año próximo y eso quería decir irse a vivir a la capital. Para ella esto era un torbellino de incertidumbres que la emocionaban tanto como la aterraban. La gente con más recursos, o simplemente con más familia, tenía alguna tía o primo que vivía en la capital y era más sencillo: se mudaban durante la época de clases para allá y volvían en el verano. Para Clara la realidad era otra porque su familia eran solo ella y su abuela, no tenía a nadie más, y eso implicaba que la única manera de poder estudiar era alquilar alguna habitación cerca de la universidad al menos durante el periodo de clases. Venía ahorrando

hacía mucho peso a peso para cuando llegue el momento, pero la plata no era su mayor preocupación, lo que más le costaba era tener que dejar sola a su abuela. Siempre habían estado juntas y la vida de una sin la otra les resultaba imposible y dolorosa. Francisca, que así se llamaba, por el contrario estaba feliz de que su nieta se vaya a la capital a estudiar, decía que era la única manera de salir de este pueblo y "ser alguien". Era raro porque Clara ya se sentía alguien, ella era ella misma y se sentía bien así. Cosas raras de la vida.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando algo la hizo volver a la realidad, una chica en la vereda de enfrente, estaba justo al lado del almacén donde trabajaba Clara y le mantenía la mirada fijamente. Le llamó la atención primero porque era una cara nueva, Clara conocía a todos los habitantes del pueblo, sobre todo en esta época donde quedaban la mitad y sería muy raro un turista en estos climas. Y segundo y aún más extraño era que estaba en remera. Sin buzo, campera, gorro ni nada que la abrigue del frío helado del invierno. Sus ojos no se movían de Clara que ya comenzaba a ponerse un poco incomoda. Pensó que lo más probable era que esté esperando que abra el almacén, y sin lugar a duda sabía que era ella quien trabajaba ahí, con la intensidad con la que la estaba mirando no podía ser de otra manera. Aún faltaban unos minutos para las ocho pero igualmente se levantó, le pagó a don Luis el café y salió. Mientras cruzaba la calle pudo ver que la chica no tenía más de 20 años y que su mirada no era de enojo, sino de preocupación y tristeza, cuando se acercó más la chica se dio la vuelta y comenzó a alejarse por la vereda caminando.

Con la llave del trabajo en mano Clara dudaba que hacer, si entrar de una vez para protegerse del frío o salir tras la chica. Pero la curiosidad pudo más. ¿Y si estaba sola?, ¿si estaba pasando frío y necesitaba ayuda? Veía que la chica ya había avanzado bastante y trató de alcanzarla, pero mientras más se apuraba parecía tenerla cada vez más lejos. La siguió varias cuadras casi corriendo hasta llegar al final del pueblo, allí donde termina la última calle de tierra y empieza el bosque.

El lugar donde vivían Clara y Francisca además de ser muy pequeño estaba ubicado al lado de un bosque inmenso al que la gente de pueblo le tenía miedo, siempre se escuchaban historias raras sobre él y los más osados aseguraban que estaba maldito. Realmente Clara no creía nada de esto, pero el viejo mito entre los pueblerinos venía desde tiempos inmemorables y era insólito pensar en que algún habitante entrara. Cuando era verano y venía gente de otros lados toda la mitad del pueblo que limitaba con el bosque se vallaba y se ponían letreros de "propiedad privada" para que nadie entre. No se sabía si realmente tenía o tuvo alguna vez un dueño pero esto mantenía a los turistas alejados.

Desde lejos vio como la chica cruzaba la última calle del pueblo y entraba al bosque sin dudar o pensarlo un segundo. La venía siguiendo hacia

cuadras y ahora no sabía qué hacer, parada al borde de la vereda Clara miraba los árboles y se le venía a la cabeza la voz de su abuela diciendo: "Ese bosque es la maldición de este pueblo Clara, nunca entres" que había escuchado más de una vez desde chica. Pero también pensaba en cuando su abuela le decía que nunca debía dejar sola a una compañera, que entre mujeres nos teníamos que cuidar como hermanas. ¿Y si esa chica la necesitaba? Entre tanto dudar y pensar sus piernas empezaron a moverse lentamente y de a poco fue entrando al bosque. El bosque maldito.

Capítulo 2

II.

Árboles, canto de pájaros, el bosque parecía todo menos terrorífico. Sentía un poco de preocupación por la chica que ya no podía ver y a la vez se sentía fascinada con la belleza de semejante lugar. De tanto en tanto miraba atrás para no alejarse demasiado. —Hola! — Gritaba para ver si la chica podía escucharla, pero era inútil, había desaparecido por completo. Miró una vez más hacia atrás para asegurarse que aún estaba cerca de la entrada pero sintió que ya se estaba alejando demasiado y se decidió a volver. Mientras regresaba pensaba en lo maravilloso que le parecería a su abuela ese lugar lleno de verdes. De repente un enojo creció en su interior, si toda la gente del pueblo no fuera tan terca podrían disfrutar de este lugar tan perfecto hace tiempo, ella misma durante toda su vida y su infancia pudo haber sido el doble de feliz jugando entre árboles y naturaleza. Pero a esta altura sería imposible hacerles creer otra cosa sobre el bosque, principalmente a su abuela, era un secreto que con un poco de tristeza tenía que guardar para ella misma. Cuando estuvo de vuelta en el pueblo corrió las cuadras hasta el trabajo, un poco porque era tarde y otro poco para entrar en calor, debajo de los guantes amarillos que llevaba puesto sentía los dedos entumecidos de frío.

Esa noche cuando Clara llegó a casa Francisca la estaba esperando con sopa. Era una mujer chiquita, más baja que Clara, tenía el pelo gris y cortito y llevaba puesto un vestido de flores con medias de lana abajo. No importaba cuantos grados hiciera ni que fuera el invierno más crudo en años, Francisca siempre usaba polleras o vestidos. Era una costumbre heredada de años atrás de la que Clara jamás pudo hacerla cambiar de opinión. Cenaron juntas, charlaron y se rieron mucho. Para Francisca ella lo era todo, tenía muchas expectativas de que su nieta fuera todo lo que ella nunca pudo ser, pero por sobre todo que fuera libre. Siempre le decía que había sufrido mucho, que en sus años de juventud había sido muy tonta y que si hoy volviera a nacer haría todo muy diferente. “Eran otras épocas abuela” le decía Clara cada vez. Y era cierto, y si había algo que le dejaría a su nieta era al menos todo lo que había aprendido de la vida para que pueda ser todo lo feliz que ella no pudo ser.

—Hasta mañana abuela! —Le gritó Clara desde la cama, tapada con todas las frazadas que tenía hasta la nariz. Se sentía con todo el cansancio del mundo y estaba a punto de quedarse dormida cuando algo pasó.

“Clara” Escuchó que le susurraban al oído, sintió unas manos suaves que la agarraban de los hombros y la sacudían lentamente para despertarla. Cuando abrió los ojos una silueta se desvanecía en la noche. Se sentó en

la cama mirando para todos lados, y aunque había oscuridad la luz de la luna en la ventana dejaba ver que en la pequeña habitación no había mas nadie. Fue todo un sueño, se repetía con las manos en el pecho y un nudo en la garganta, un sueño muy real. Se recostó despacio abrazando sus rodillas porque tenía miedo. Clara no era una chica de temer, ni a la oscuridad ni a los cuentos de terror, siempre su abuela le había dicho desde niña que no había que tenerles miedo a los fantasmas porque ellos no nos podían lastimar. "A los muertos no Clarita, a los vivos hay que tenerles miedo, esos son mucho más peligrosos" le decía. Y por eso esa noche no temía porque había visto una sombra entre sueños ni porque hubiera sentido unas manos frías que la despertaban a mitad de la noche, era porque sabía muy bien de quien se trataba. La había reconocido al instante que abrió sus ojos. La chica del bosque.

Capítulo 3

III.

Durmió muy mal esa noche y las pocas veces que pudo cerrar los ojos tuvo sueños raros y angustiantes, cuando llegó la mañana la encontró despierta y sentada en la cama, envuelta en las frazadas y renegando de tener que cambiarse y ponerse la ropa fría que había preparado la noche anterior.

—Buen día. —saludó Clara con voz de dormida a don Luis cuando entró al bar. Se sentó en la mesa de todas las mañanas a la ventana mientras esperaba su café con leche que, como siempre, don Luis se lo alcanzó sin que ella pidiera nada. Desayunaba con la vista fija en la ventana porque en el fondo de su corazón Clara sabía que la volvería a ver. Y no se equivocaba. Allí parada en la vereda de enfrente y mirándola con igual intensidad que el día anterior. Llevaba puesta la misma remera, pero no parecía tener frío, le resultaba imposible que ninguna de todas las personas que pasaban por su lado se detuviera a preguntarle si necesitaba un abrigo. O al menos mirarla con curiosidad. La gente pasaba a su lado sin siquiera verla, como si no existiera. Era curioso porque para ella tampoco existían, tenía la mirada fija en Clara y no la desviaba ni para pestañar, era tan profunda que sentía que podía ver su alma desde el otro lado de la calle.

Esta vez no iba a perder ni dos segundos de tiempo, dejó la plata del café que ni llegó a probar en la mesa y salió sin despedirse, mientras cruzaba la calle la vio con atención y se dio cuenta que tenía un golpe en la cabeza. Desde lejos y con el pelo largo y castaño no se notaba, pero ahora que la miraba con atención era otro el panorama, tenía sangre seca en la frente por el golpe y estaba más pálida de lo que parecía. Clara estaba preocupada, esto comenzaba tomar otro tinte.

Todo sucedió como el día anterior, cuando Clara se acercó la chica se dio la vuelta y comenzó a caminar. La siguió primero caminando rápido y después corriendo, aunque tenía la sensación de que no importaba cuanto corriera nunca llegaría a ella. Cuando la chica entró en el bosque Clara entró sin dudarlo ni pensarlo dos veces y sin perderla de vista por ningún momento. Corrió cuanto pudo entre árboles ya sin pensar en nada más, ni en que el bosque estaba maldito, ni en su abuela, ni en el pueblo. Mientras más se adentraba al bosque el pueblo quedaba cada vez más lejos, ya se había perdido de vista.

Capítulo 4

IV.

El sol pasaba entre las altas ramas de los árboles y le iluminaban la cara, Clara se despertó de a poco, escuchaba el canto de los pájaros y la brisa le acariciaba el pelo. No recordaba bien lo que había pasado ni donde estaba, acostada entre las hojas miraba el cielo que se dejaba ver entre las copas de los árboles y sentía paz. Le trajo un recuerdo de chica, cuando con su abuela se tiraban en el pasto a mirar las nubes y dormir la siesta. En realidad, Clara nunca quería dormir la siesta, entonces Francisca le proponía tirarse a buscar formas en las nubes, entre formas y charlas Clara se dormía. Las dos se dormían. Eran felices. Los ojos se le estaban cerrando de nuevo entre recuerdos cuando un olor nauseabundo la hizo volver a la realidad, se levantó de un salto; el bosque, la chica, todo le daba vueltas en la cabeza. Sintió algo caliente que le corría por un costado de la cara, era sangre de un golpe que tenía en la frente. Estaba un poco perdida y no estaba segura como se lo había hecho, pero como un balde de agua fría le vino todo a la mente repentinamente: se había tropezado mientras corría ciegamente a la chica y se había golpeado la cabeza. Ese olor no la dejaba pensar bien las cosas. De pronto, unos metros más adelante, Clara pudo ver con que se había tropezado. Gritó, gritó muy fuerte y caminó hacia atrás hasta caerse sentada. Los gritos se convirtieron en llanto desconsolado mientras se tapaba la cara con angustia.

El cuerpo de la chica yacía unos metros frente a Clara, o lo que quedaba de él, tenía gusanos saliendo por todas partes por un estado de putrefacción que notaba tiempo de abandono. No necesitó mirarla mucho para reconocerla, y no fue por la ropa ni por ninguna otra cosa. Porque simplemente lo supo. Tenía una sensación en el pecho difícil de explicar que le decía que esa chica era su chica. La que la había buscado desesperadamente para que la encontrase. ¿por qué a Clara? Eso todavía ella no lo sabía, todo lo que podía sentir en ese momento era dolor y pena.

No sabía bien cuanto tiempo estuvo allí, había perdido un poco la noción de todo. Estaba en un estado extraño de somnolencia y claridad, como si estuviera soñando despierta. Aunque esto más bien era una pesadilla. Se levantó despacio y comenzó a caminar, aunque no recordaba bien el camino por el que había entrado al bosque de algún modo sentía como volver. Como si alguien la estuviera guiando o como si llevara un extraño mapa en su mente. Tenía la sensación de que algo adentro suyo había cambiado para siempre. La salida del bosque apareció después de un rato de estar caminando y se sintió como un alivio, aunque realmente

todo lo que podía sentir era dolor y tristeza que le llegaban a los huesos, todo un enredo de sensaciones que Clara aun no sabía muy bien como afrontar.

En la puerta de su trabajo la estaba esperando su abuela, algunos vecinos y la policía. Clara los conocía a todos de toda su vida.

—¡Hija! —gritó Francisca apenas vio a Clara doblar la esquina, corrió tan rápido como le dieron las piernas a su edad para encontrarla y abrazarla. Lloraron juntas un rato. Los vecinos la saludaban con la tranquilidad de verla entera y con la intriga de quien pregunta diez veces seguidas “pero ¿qué pasó?” “¿dónde estabas Clara?”. Pero ella no contestó, ni a la primera ni a la décima pregunta del veinteavo vecino. Cuando Clara había entrado al bosque eran un poco más de las siete de la mañana, no podía creer que fueran las tres de la tarde. ¿El golpe al caerse la había hecho dormir tanto tiempo? Era posible. Pero no estaba segura de eso ni de nada. Cuando estuvieron al fin solos, las dos mujeres y el policía, Clara contó lo que había sucedido. Lo contó detalle por detalle tal cual había pasado y no le importó si podrían creerle o no. Era probable que pensarán que estaba loca o alucinando, pero necesitaba sacarlo de adentro suyo, quería desarmar el nudo pesado que sentía en el pecho que ya no la dejaba ni respirar. Durante todo el relato ambos escucharon atentos, Francisca no dijo una sola palabra, miraba a su nieta atenta como si estuviera contando el secreto de la vida misma y David, que así se llamaba, le encontró una lógica un poco retorcida pero factible que a fin de cuentas decía que el golpe en la cabeza la había hecho divagar, que había entrado al bosque por curiosidad, se calló y el resto es producto de su mente. Le dijo que tenían que ir al hospital para que la revisen pero que se quede tranquila porque si la hacía sentir mejor ellos irían al bosque a “dar una mirada”. Clara sabía que esto no era cierto, primero porque conocía a los policías del pueblo de toda su vida y era difícil hacerlos caminar más de una cuadra, era lógico, muy rara vez sucedía algo con sentido que no fuera una pelea entre vecinos porque un perro se pasó de un jardín al otro sin permiso. Y segundo porque le tenía miedo al bosque. Como todos en el pueblo. —Yo los guio —le dijo Clara muy segura. —Es probable que no la encuentren, solo yo sé dónde está. No es lejos vamos caminando ahora que aún hay sol. —Francisca y David se miraron sin decir palabra.

David no tenía mucha opción a esta suplica de Clara, salieron los tres caminando despacio hacia el bosque sin más remedio. Lo hacía en parte porque era su trabajo y un poco por Francisca, la quería como a una madre, su verdadera madre había sido muy amiga de ella en su juventud y desde que falleció acercarse a Francisca era estar cerca de ella en recuerdos. Era un hombre bueno y de gran corazón que si podía hacerle este favor a Clara, aunque le parezca un poco sin sentido e incluso le dé

un poco de miedo, lo haría.

Las mujeres iban adelante agarradas del brazo, lento para que la abuela pise con seguridad entre las hojas y raíces de los árboles, atrás venía David siguiendo a las chicas de cerca. A pesar de tener tantos prejuicios con ese bosque Francisca entro sin decir palabra y dejándose guiar con total calma. Igual que la primera vez los pájaros y la paz de ese lugar a Clara la relajaron un poco, miró hacia atrás buscando a su compañero y pudo ver la misma expresión. David movía la cabeza para todos lados anonadado con semejante paraíso, apostaba lo que en su mente debía estar pasando en ese momento, el mismo enojo que sintió ella la primera vez que vino: el desperdicio de años viviendo al lado de este secreto natural sin ser capaz de alcanzarlo.

En cierto punto Clara se detuvo, apuntó con el dedo en una dirección y le dijo que si seguía un poco mas adelante por ese lado un olor nauseabundo lo guiaría fácilmente. David la miró sin atreverse a discutir media palabra, a desgano y con miedo caminó lento hacia donde la chica le apuntaba. Era un hombre gordito y cachetón, tenía tintes colorados y los cachetes rojos eran su característica más peculiar. Cuando Clara lo vio volver por primera vez lo notó totalmente pálido, había perdido hasta la última gota de sangre de su rostro. —Vuelvan al pueblo, ya me comuniqué con la comisaria y mandé ubicación. —fue todo lo que dijo.

"Adolescente perdida hace meses en la capital es hallada muerta en el bosque maldito. Se trata de Leila Vera, quien estaba siendo buscada intensamente por personal policial y de quien nada se sabía fue hallada ayer por la tarde por el oficial David Guzmán. El principal sospechoso..."

Así arrancarían la noticia principal del diario del pueblo la mañana siguiente. Pero todo esto Clara y Francisca ya lo sabrían desde esa misma noche. Apenas la policía encontró el cuerpo el crimen se resolvió prácticamente solo. Una chica que había venido al pueblo con su padre a pasar unos días, pero luego de regresar a su casa en la capital, esa misma noche había salido y no volvió más. Se la buscó por meses en la ciudad sin ningún resultado, lógicamente porque nunca había regresado con su padre como este alegó en su declaración. Leila jamás había dejado del pueblo, y de no ser por Clara, su padre hubiera quedado en libertad y el caso impune.

Capítulo 5

V.

Después de todo lo que había sucedido ni a Clara ni a Francisca les quedaba fuerza para tomar la taza de té que tenían delante. Eran las once de la noche y estaban las dos sentadas en la cocina de su casa y en silencio. Francisca daba un sorbo cada tanto pero Clara solo lo dejaba enfriar, no tenía voluntad suficiente ni para levantar la taza.

—Sé que estás muy confundida hija, yo traté de prevenirte muchas veces, pero tenía la esperanza de que... —Clara levantó la vista a lo que decía su abuela sin entender —Tenía la esperanza de que este momento nunca llegara. —

—¿Qué cosa abuela?

—Yo también tengo esta maldición, tu madre no lo tenía y yo tenía la ilusión de que tú tampoco. —Francisca hablaba entre sollozos.

—¿Qué maldición?

—La de los muertos.

Clara miraba a su abuela llorar esperando una explicación con sentido.

—Todo lo que pasó hoy es real, y no será la única vez que te pase, una vez que empezó ya no se puede detener. Sé que suena ilógico, pero es real, yo sé lo que estás sintiendo porque también lo padecí hija.

Todo el mundo de Clara daba un giro rotundo. ¿Y si todas esas veces que su abuela le deseaba una vida mejor se refería a esto? Ni siquiera sabía que era "esto". Sentía que la cabeza le iba a explotar.

—Todas esas dudas que cargas se van a resolver. Pronto. Ahora lo mejor sería que vayas a descansar, hemos tenido un fatídico día hija.

Clara se levantó sin decir palabra, se acostó abrazando sus rodillas, una lagrima le corrió por la mejilla.

En la cocina Francisca terminó su té. Miró la taza aun llena y fría de su nieta.

—Mi pobre niña.